

tín Enríquez; ampliadas por el Marqués de Castelfuerte con la novedad de agregar a la *Relación* pública un informe confidencial; y centralizadas desde 1777 en la Secretaría del Virreinato, estos documentos (habitualmente llamados *Memorias*) no habían merecido hasta ahora un estudio completo y detallado.

Establecida su importancia general como fuente histórica, Lohmann estudia una por una, en la segunda parte de su trabajo, las *Relaciones* de Virreyes que han llegado a nosotros. En cada una, nos da noticia de los textos, de los fragmentos, de las referencias supletorias, de las ediciones en caso de haberlas, de las concomitancias entre Relaciones de varios Virreyes, o de las concordancias o discrepancias entre los textos de un mismo Virrey. Con excepción de diez de ellos (el primero y el último, Núñez Vela y La Serna, por razones explicables; y en cuanto a Don García Marqués de Cañete, al Conde de Lemos y al Conde de la Monclova, con fundadas dudas con respecto a las noticias consignadas por otros autores), Lohmann presenta, coteja y discrimina 33 Relaciones, incluidos algunos informes de la Audiencia que (como en el caso del Conde de Santisteban) pueden suplir la falta de la Memoria virreinal.

Interés especial además, y ya no sólo desde el punto de vista de la historia política sino de la historia literaria, tiene el estudio que hace Lohmann de las atribuciones a los posibles genuinos autores de las *Relaciones* firmadas por los Virreyes; entre los que asegura o insinúa los nombres de Peralta Barnuevo, Carrasco del Saz, Bravo de Lagunas, Feijóo de Sosa, Unanue, entre otros.

Son así muchos los méritos de la obra de Guillermo Lohmann Villena, que constituye una guía inapreciable en este valioso campo de nuestra historia virreinal.

Aurelio Miró Quesada S.

PRESENCIA ESPIRITUAL DEL MARQUES DE MONTESCLAROS

Aurelio Miro Quesada S., *El primer Virrey-poeta en América (Don Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros)*, Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos; Madrid 1962; 274 pgs.

En el torrente confuso de poetas, rimadores y enciclopédicos aficionados a las musas que inundaron nuestra literatura colonial por más de dos siglos, se han perdido algunos nombres —el de "Amarilis", el del autor del *Discurso en loor de la Poesía*—, se ha reencontrado el de otros —Caviedes, por ejemplo— y se han borrado las huellas de varios: las le-

tras del Virreinato peruano son todavía territorio del descubrimiento y la exploración. Uno de esos pasos perdidos en la casi inextricable maraña de cronicones, petitorios rimados y rancios poemas, conduce hacia Don Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros, décimo Virrey de México y undécimo del Perú, poeta él mismo, elogiado tres veces por Lope y aludido por Cervantes, que desarrolló en América —y particularmente desde Lima— una labor cultural que repercute generosamente en las obras de los escritores y versificadores más famosos de su época. Esta labor, sin embargo, apenas si había merecido algunas referencias y alusiones ligeras de los historiadores de la literatura hispanoamericana: mucho menor como poeta, el Marqués de Montesclaros empalidecía bajo el brillo de su sucesor en el Perú, el Príncipe de Esquilache, oficialmente considerado nuestro “Primer Virrey-poeta”. El pulcro y exhaustivo trabajo de investigación que ha realizado Aurelio Miró Quesada S., reivindica con justicia ese título para Montesclaros, rescata su nombre del olvido y ofrece una imagen documentadísima de su presencia espiritual en tierras de América.

El propósito del libro es demostrar que el Marqués de Montesclaros “tuvo una resonancia singular en su tiempo, y una labor eminentemente directiva en una etapa de las letras peruanas”, por lo cual cultivó la amistad de muchos poetas, les dispensó favores y recibió de ellos alabanzas y recuerdos literarios “A recordar algunos de esos elogios, a exhumar las obras poéticas publicadas o inéditas del Marqués, y a tratar de acentuar sus perfiles literarios”, está consagrado el más reciente estudio del autor. Después de remontarse a la tradición familiar a la que pertenecía Montesclaros, el autor refiere su iniciación literaria al borde de los 20 años y sus relaciones con la corte de poetas del Duque de Alba. Aureolado por la amistad y la admiración de Lope, bien considerado por el Rey Felipe III, Montesclaros es promovido a Virrey de México, donde permaneció cuatro años, de 1603 a 1607. En ese lapso, es saludado por el ilustre Bernardo de Valbuena en su *Grandeza Mexicana* (1604) y por el cronista Gutiérrez de Santa Clara, y su nombre vinculado a dedicatorias y permisos de libros. Al llegar a fines de 1607 al Perú —donde permanecería hasta 1615—, todavía más encumbrado política y literariamente, el Marqués de Montesclaros cosecha nuevos y abundantes homenajes y elogios rimados de los poetas que él favorecería con su mecenazgo, su deferencia personal o su interés oficial. Su gestión como Virrey se coronó con una función de animador de las letras y la cultura, que coincidió o perfiló un momento de especial auge de las manifestaciones literarias en el país. Su presencia fue realmente providencial porque, en el pórtico del 600, la literatura colonial estaba derivando de un clasicismo de tono épico, bronco y austero, a una expresión culta, cortesana y con rizados de afectación barroquizante. El Marqués, típico exponente de ese instante en que “la alta clase del Virreinato había incorporado también

a su experiencia vital el ejercicio literario", tuvo relación tanto con los poetas pertenecientes a la primera generación renacentista colonial, alabados por Cervantes en el Canto de Calíope de *La Galatea*, como con los más jóvenes, "de estilo por lo común más artificioso", agrupados en la Academia Antártica. De éstos, los más cercanos al Virrey fueron Fray Diego de Hojeda y Pedro de Oña: el primero le dedicó su *Cristiada* (1611) y el segundo lo elogia en, por lo menos, tres composiciones importantes que "constituyen como una especie de crónica rimada de la actuación de Montesclaros como vicesoberano del Perú". También, entre tantos otros, Juan de Miramontes y Zuázola, autor de *Armas antárticas*, le dedicó su poema y le tributó su homenaje literario. El propio Marqués quiso reverdecer en el Perú sus lauros de poeta e incluyó un soneto —"la única (obra poética) que de él se publicara en su larga estancia en las tierras de América"— en la *Relación de las exequias* celebradas por la muerte de la Reina Margarita (1612), en cuya impresión puso el Virrey tanto empeño.

Luego, el autor estudia la vinculación del Virrey con los prosistas coloniales —el jurista Solórzano, el contador Francisco López de Caravantes, los cronistas Huamán Poma de Ayala y Fray Buenaventura de Salinas—, las recopilaciones de ordenanzas que impulsó —especialmente las Ordenanzas de Toledo (1610)—, y su propio ejercicio de la prosa. Este último aspecto se analiza a través de su correspondencia y, sobre todo, de la *Relación* a su sucesor el Príncipe de Esquilache, al término de su gobierno. Aunque "su prosa es en la mayor parte de los casos directo instrumento de trabajo", las abundantes citas y sagaces observaciones de Aurelio Miró Quesada demuestran que el Marqués fue mejor prosista que poeta: "Podría decirse que si su verso grave con frecuencia es prosaico, en cambio su prosa se aviva y se engalana con estampas visuales, proverbios gráficos, comparaciones expresivas". El resto del trabajo escapa un tanto al ámbito de lo literario e ingresa a la historia cultural, administrativa y social de esos años, que afirman el trascendente papel que le cupo al Virrey como hombre vivamente interesado en la buena marcha de la Universidad de San Marcos, en la actividad teatral, en el ornato de la ciudad.

Las páginas finales del libro están dedicadas a recordar las causas y circunstancias de su vuelta a España, los nuevos elogios literarios que lo aliviaron al llegar a su patria y los sonetos que entonces compuso, la culminación de su carrera pública con su segunda boda y sus pretensiones ducales; todo ese período que antecedió a su muerte (1628) y en el que "hay, en verdad, más importancia exterior que brillo interno, más vestidura oficial de funcionario que aliento creador y pasión constructiva".

Son muchos los méritos de este trabajo. En primer término, es una contribución valiosísima a los estudios de literatura colonial en el Perú,

tan arduos e ingratos; en ella restablece la verdad histórica y hace justicia a Montesclaros, poeta "sin méritos extremos, pero siempre digno de mención y recuerdo". Pero es más que el estudio de un personaje individual: refleja un puntual examen de las letras peruanas de comienzos del siglo XVII, una afinada percepción del ambiente cultural de la colonia —esa época de empresas literarias babilónicas, prosaicas y frecuentemente ilegibles como expresión de arte creador. El trabajo es tan rico en anotaciones útiles al historiador, al genealogista, al bibliófilo, al erudito, que se desborda a sí mismo y queda abierto a muchos intereses ajenos a la intención del autor. Una virtud más: aunque Aurelio Miró Quesada concluye que el Marqués de Montesclaros está vinculado "por un elogio, un favor o un estímulo" a los nombres más ilustres de las letras de Hispanoamérica, no pretende, como es frecuente, convertirse en su apologeta; afirma que a él se debe "un impulso robusto y juvenil que contribuyó... a vigorizar la poesía, la crónica, la jurisprudencia, la lingüística, la cátedra universitaria, la comedia, el grabado", pero reconoce también que es "débil como poeta" y que "sus escritos no le han ganado una fama perdurable". Dentro de la tarea investigadora del autor, *El primer Virrey-poeta en América* recuerda la ponderación y la limpidez conceptual y formal de su estudio sobre *El Inca Garcilaso*.

José Miguel Oviedo

Libros de Cabildos de Lima.— Tomo XXI. (Años 1628-1630). Descifrado y Anotado por Juan Bromley.— Imp. Torres-Aguirre.—Lima 1963. (350 pgs.).

El libro XXI de, Cabildos de Lima, ha sido descifrado y anotado por el historiador Juan Bromley. Apareció al finalizar el año de 1963. Trae modificación importante en cuanto a su disposición tipográfica, la cual permite, ahorrar muchas páginas, hacerlo liviano y de manejo fácil. Celebro el acertado cambio que sugerimos en anteriores oportunidades.

Voy a comentar su riquísimo material útil no sólo para internarse en recóndidos aspectos de la Ciudad de los Reyes, en momentos vecinos a cumplir su primer siglo, sino y principalmente, en lo que concierne a su gobierno local, sus relaciones con parajes aledaños y, con suplicaciones teñidas de énfasis con señorío, si respetuoso no humillado, al dirigirse a Madrid la capital del Imperio.

Este volumen XXI —de una serie manuscrita que abarca cuarenticinco en su totalidad— significa, que el empeño hállase tan solo en el comedio de su empresa. Discurre, en los momentos últimos del virreinato del Marqués de Guadalcazar y comienzos del sucesor: Conde de Chinchón. La valiosísima serie de "Cabildos de Lima" no ha sido accesible